

Los libros

El cocodrilo es un cuento satírico de trascendental valor para comprender una de las más interesantes épocas de la Rusia zarista, en vías de transformación,

y para afirmar esto se basa en que Dostoyevski aprovechó ese cuento para hacer una sátira—harto mordaz—de la pretendida «occidentalización» de Rusia. Pero la verdad es que el vehículo empleado por Dostoyevski en este caso no es el más discreto. Más intención que *El cocodrilo* tienen muchas páginas del *Diario de un escritor*, que en su edición castellana ha sido mutilado considerablemente, y donde se hallan numerosos artículos sobre la querrela entre el mundo eslavo y el mundo occidental, cuya actualidad es hoy tan grande o mayor que en los días del autor.—*R. Silva Castro.*

CHILENOS EN PARÍS, por *Alberto Rojas Giménez.*

No siempre la fascinación de París ha sido saludable a nuestras jóvenes literaturas. Embriagados en las luces del *Moulin Rouge* nuestros trashumantes poetas han cortado sus poemas al patrón de la última moda literaria y, olvidados de sí mismos, han saludado la *Tour Eiffel*, lugar común de la nueva poesía, creyendo encontrar en su espinazo de hierro el sostén de toda sensibilidad que se dice nueva. Lo que no pasa de ser una superstición.

¿A qué buscar por el ancho mundo

esa sensibilidad para apresarla en el poema o en la crónica si una interior inquietud no mueve los pasos de quien hace la afiebrada exploración? Tras su busca del mundo llega el hombre al pueril y sabio descubrimiento de que en sí mismo llevaba, o no llevaba, el mundo de sus anhelos y sus inquietudes. Porque el que en sí mismo no lo lleva no lo encontrará nunca.

Bien está, en quien se siente arder por dentro, esta busca del mundo. Ha de entregárnoslo algún día iluminado en belleza.

Alberto Rojas Giménez, bohemio siempre, hizo también su descubrimiento de Europa (1). Hastiado de nuestra vida provinciana quiso pasear por las grandes urbes cosmopolitas el hastío elegante de su chambergo negro y su mirada ausente. Un día se encuentra en una mesita de «La Rotonde» con un hombre de chaleco cerrado y conversación apasionada que hace pajaritas de papel y encuentra un tipo griego al mozo novomundano. Es don Miguel de Unamuno. Otro día escucha a un chileno francés que con egolatría delirante habla de las revoluciones que ha promovido en la vida artística europea y de los atentados con que Gran Bretaña ha querido acallar su rebeldía protestante. Es nuestro conocido Vicente Huidobro transformado ahora en Vincent Huidobro. Otro día se encuentra en Berlín con un mozo flaco de ojos ilusionados por el ensueño que hace alternativamente vida de príncipe o de bohemio, que

(1) *Chilenos en París.* La Novela Nueva, Santiago de Chile, 1930.

suspira por unos marcos para convidar al amigo viajero a un concierto de música negra de los «Chocolate Kidies». Es Rafael Silva de la Cuadra.

Otro día....

Pero, en fin, no hemos de reproducir toda la aventura de Alberto Rojas Giménez en tierras de Europa. Hay que ir directamente al libro y sorprender la vida de sus animadas y cinematográficas figuras. Porque en este ligero libro de crónicas es donde con más nitidez se nota entre nosotros la influencia del cine en la literatura.

Rojas Giménez se pasea por Europa y en su libro breve apenas nos deja anotado el contorno de las cosas. No opina sobre nada. Pero sus figuras se mueven, gesticulan, entran un momento en nuestra intimidad y pasan. Es el triunfo del evocador.

Y así trabamos amistad con esos seres fantásticos que, con la máscara de la alegría, dan su salto mortal cada noche y cada mañana para enfrentarse con la esfinge de la noche y la mañana por venir.

¿Cómo vive esa gente entre la cual Rojas Giménez paseó su nostalgia de príncipe despreocupado? ¿Cómo vivió él mismo en medio del dolor y la miseria de Europa? Misterio que se disuelve como fugitiva espuma de *champagne* en la alegría frágil de una anécdota amable. Las escenas de la vida bohemia de Mürger palidecen ante estas crónicas que son una encrucijada sin descanso entre la sorpresa y la aventura. Y también, sin decirlo, claro está, traen como un puñal entre flores, su gotita corrosiva de crítica y de veneno. Hay que leer

la crónica que Rojas Giménez titula *Nosotros en París* para hacer el paralelo entre el haragán más o menos oficial y mundano y esa multitud hispano-americana que padece, sueña, fracasa, triunfa o muere a solas consigo misma, a solas con una fe diamantina que amanece cada día más pura y entera para contrastar con la miseria material todo el imperio azul entrevisto en no sé qué ideales orgías de futuro.

Rojas Giménez no ha olvidado en sus crónicas que es un poeta. Un poeta de breves y hondas canciones. Y aunque este es un libro frívolo y fugitivo, ¡cómo en más de una página clava, sin darle importancia ninguna, la garra de una amargura profunda y sin remedio!

El autor revela grandes condiciones que podrían encontrar un escenario más amplio en una obra recia y fundamental. Seguramente no la emprenderá nunca porque jamás Rojas Giménez ha dado importancia a cosa alguna. Escribe como viaja y viaja como vive: siempre al día, con un admirable sentido imprevisor que tienta a todas las casualidades más o menos desconcertantes y repentinas.

Así algún día, y también sin darle importancia, nos sale con una gran novela de movimiento cinematográfico. Todo puede esperarse de este muchacho para quien la vida y la literatura no son sino una aventura y un deporte más. *Chilenos en París* es una buena prueba de cuanto digo.
—Roberto Meza Fuentes.